
LUIS RODRIGUEZ-ZUÑIGA: IN MEMORIAM

Carlos Moya

En este mismo año, dos meses antes de la muerte de Luis, casi en el mismo día, murieron otros dos viejos amigos en esto de la Ciencia Política, la Sociología y la Democracia. Esteban Medina, titular de esta Facultad, y Manuel García Pelayo, primer presidente del Tribunal Constitucional.

La muerte de Luis Rodríguez-Zúñiga me afecta demasiado. Con él desaparece no sólo un notable sociólogo español, y una personalidad pública relevante, sino también un decisivo amigo y leal compañero en aquella aventura política y epistemológica que marcó históricamente nuestras vidas: la profesión de la Sociología como movimiento intelectual estratégico en la lucha española por la Democracia.

Nada, o muy poco, sabemos de la muerte para su protagonista: aquel que habiendo efectuado su tránsito final ya no es entre los vivientes sino memoria residual o imaginaria compañía, paulatinamente evanescente para sus más íntimos. Desde el origen de nuestra civilización, la invención occidental de la Historia viene siendo una forma sustancial de preservar frente al tiempo esa fugaz memoria de los mortales. En los primeros años *sesenta*, cuando Luis y yo nos conocimos, en aquel tiempo de *incansables discusiones teóricas y clandestinas conspiraciones antifranquistas*, todos los conjurados participábamos de una común pasión de Historia y modernidad, conjugada en mil figuras de contestación. Sobre nosotros, sobre todo el país, pesaba la trágica herencia de la Guerra Civil y la siniestra institución de la dictadura. Desde el marxismo y el existencialismo de la

postguerra europea hasta la *intelligentzia* progresista de los años sesenta, la Historia se llegó a convertir en pasión política de masas, agitando las aulas, la prensa, las fábricas. Revolución, emancipación, ilustración, socialismo, modernización, contestación, liberación, eran algunas de las palabras claves en aquella compartida pasión de Historia. Puesto que esta Facultad y nuestra actual Democracia son, también, fruto y resultado de aquella oleada colectiva de pasión histórica por la transformación y democratización de la sociedad española, me permitiréis que, en un tiempo que suele olvidar la Historia, utilice sus desplazadas ideas y metáforas a la hora de intentar estas mínimas palabras en memoria de Luis Rodríguez-Zúñiga.

Al recordar aquí su trabajo histórico singular, necesariamente me siento buceando en mi propia fabulación de memoria historizante. Amigos en aquella Facultad de Derecho, configurábamos, junto a unos cuantos más, un mínimo círculo sociologizante. Estuvimos juntos en el experimento CEISA, de una libre escuela crítica de Sociología; en el desembarco, desde Derecho, en la vieja Facultad de Ciencias Políticas y Económicas; en la conspiratoria invención de esta nueva Facultad —junto a Luis González Seara, Raúl Morodo y Carlos Ollero— y en su sucesiva reinención democrática: junto a tantos otros, empeñados entonces, y ahora, en la existencia viva de nuestra común Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Desde Carlos Ollero hasta Juan Luis Paniagua, la serie de los decanos de esta Facultad no hace sino simbolizar el sucesivo desarrollo, notablemente exitoso, de la sociologizante secularización, racionalización y democratización de la vida pública española. La muerte de Luis Rodríguez-Zúñiga, siendo catedrático de esta Facultad y director del CIS y de su Revista de Investigación Sociológica, no hace sino mostrar la recia voluntad con que habitó hasta el final su profesión sociológica como pasión histórica de democracia y modernidad.

Leyendo la lista de sus libros, recogida en esta nota, me siento como frente a un desdoblado espejo de mis propias publicaciones: *Raymond Aron y la Sociedad Industrial* (1973), *Elites y democracia* (1976), *Para una lectura crítica de Durkheim* (1978), *Los orígenes de la teoría sociológica* (1980), *Tocqueville. Recuerdos de la Revolución de 1848* (1984) y *Sociología contemporánea. Ocho temas a debate* (1984). Junto a cada uno de esos títulos podría replicar con otro mío equivalente o convergente en nombre y, a veces, en fecha. No se me ocurrirá aquí hacerlo: pues no se trata de hablar de mí, sino de Luis. Pero quiero indicarlo como pura facticidad semiótica, mostrando esa común pasión histórica, tantos años compartida. Sin necesidad de ninguna identificación partidista sobreañadida a esa común convergencia e intercambio de ideas: desde la más rigurosa libertad recíproca de cada cual, esa que hace posible la perdurable magia de la amistad.

En aquellos años sesenta, entre otras mil aficiones y discusiones intelectuales, Luis y yo compartíamos la afición a Alexis de Tocqueville, el gran analista francés de la Democracia y la Revolución y uno de los padres

fundadores de la Sociología. Muy poco popular en los medios de izquierda de aquel entonces, pese al ejemplar magisterio de Luis Díaz del Corral, uno de los grandes maestros liberales de nuestra vieja Facultad de Ciencias Políticas y Económicas. Habiendo ampliado estudios en París con Raymond Aron (al que dedicó su crítica tesis doctoral), Luis Rodríguez-Zúñiga consolidó su interés por Tocqueville, crítico contrapunto democrático-liberal a su interés por Marx. Ello se hace bien patente en su notable introducción a *Los orígenes de la teoría sociológica* (1980), un libro escrito en común con M. C. Iglesias y J. R. Aramberri. En el origen de tal disciplina, junto a toda una serie de hechos decisivos, «es absolutamente necesario subrayar el florecimiento de las ideas democráticas, la expansión de la convicción de que todos los ciudadanos son iguales entre sí y que la Nación es algo formado por todos y en lo que todos tienen derecho a participar. La Revolución americana, las ideas que esgrime Jefferson en la Declaración de Independencia y la Constitución de los Estados Unidos plasman en leyes por primera vez la idea, bien extendida ya entre los “filósofos”, de que la función suprema del gobierno consiste en garantizar la vida, la libertad y el derecho a la búsqueda de felicidad de los ciudadanos. Y unos pocos años después, es el derrumbe revolucionario de una de las monarquías más viejas y poderosas de Europa quien, definitivamente, propaga esas ideas que anuncian una nueva época: desde entonces, la Revolución francesa será la amenaza pendiente sobre todas las monarquías continentales». Bajo estas líneas pesa la reflexiva lectura e íntima apropiación de los grandes textos de Tocqueville, que Luis incorporaba en aquel libro sobre los fundadores de la sociología. «Marx y Tocqueville —escribía al final de su introducción— han edificado las dos teorías sociológicas más importantes del XIX. Su peso sobre la historia del XX es tan obvio que no necesita comentario.»

Si ahora hubiésemos de resumir en pocas palabras el perfil político-intelectual de Luis Rodríguez-Zúñiga, podríamos decir: un tocquevilliano sociólogo socialista sobre nuestro tiempo. Con ello se presupone su apuesta por la Democracia como forma política de libertad, y su radical rechazo crítico de todo dogmatismo ideológico, incompatible con la libre inteligencia que exige la propia posibilidad objetiva de la ciencia social.

Para Tocqueville, la libertad democrática propia de las sociedades igualitarias se afirma dramáticamente frente a la vieja libertad aristocrática del Antiguo Régimen: «Según la noción moderna de la democracia —y yo me atrevería a decir que ésa es la noción justa de libertad—, todo hombre, dando por supuesto que ha recibido de la naturaleza las luces necesarias para conducirse por sí mismo, tiene por nacimiento un derecho natural e imprescindible a vivir con independencia de sus semejantes en todo lo que se relaciona con su persona, y a ordenar como crea conveniente su propio destino» (*Estado social y político de Francia antes y después de 1789*).

Comentando ese texto, escribía Rodríguez-Zúñiga: «Se trata, pues, ahora, de una libertad entre iguales que, por el solo hecho de nacer, tiene un derecho de doble dimensión. “Vivir con independencia de sus semejantes en todo lo que se relaciona con su persona”: esto es, en primer lugar, derecho frente a la arbitrariedad y la intromisión, bien de los otros, bien del poder público. “Ordenar como crea conveniente su propio destino”: esto es, libertad para decidir. La primera dimensión conecta, entonces, con la noción de seguridad jurídica, en tanto que la segunda se refiere al libre desarrollo de cada cual.»

«Esta idea de libertad precisa, inexcusablemente, de una organización y funcionamiento social igualitario. Sólo tras la negación de la sociedad aristocrática puede, en efecto, hablarse de seguridad frente a lo arbitrario y de posibilidad de libre despliegue individual. Mas la inversa no es cierta, y éste es, precisamente, uno de los temas centrales de la obra de Tocqueville. Dicho de otra manera, si bien es cierto que libertad democrática reclama sociedad democrática, ésta, en tanto que tal, no tiene por qué generar aquélla necesariamente: tal es la enseñanza que puede extraerse del caso americano y del drama político francés» (Rodríguez-Zúñiga, 1984).

Un tocquevilliano sociólogo socialista sobre nuestro tiempo: el curioso lector encontrará ese perfil intelectual desarrollándose y explicitándose a lo largo de todos los libros de Luis. Ejemplarmente se muestra esa posición político-epistemológica en el texto que aquí he citado. Procede de la introducción de Luis a su edición en 1984 de los *Recuerdos de la Revolución de 1848*, de Alexis de Tocqueville. Como todo posible lector sabe, el texto originario francés fue la crónica rigurosamente personal y secreta de su autor —«escribiendo para sí mismo»—, que sólo se publicaría años después de su muerte. Tocqueville fue un distanciado partícipe y crítico espectador de aquel primer ensayo de revolución socialista en Francia, que dio también lugar a la escritura del Manifiesto Comunista de Karl Marx y al disparate imperial de Luis Bonaparte.

En octubre de 1982, el PSOE había ganado por abrumadora mayoría las elecciones; en la primavera de 1984, el libro de Luis conmemoraba en España aquella gran fecha, 1848, en la historia del socialismo.

«El pensamiento de la era que comienza —si es que realmente comienza una era— tendrá que encontrar el punto de convergencia entre libertad y fraternidad. Debemos repensar nuestra tradición, renovarla y buscar la reconciliación de las dos grandes tradiciones políticas de la modernidad, el liberalismo y el socialismo. Me atrevo a decir, parafraseando a Ortega y Gasset, que éste es “el tema de nuestro tiempo”» (Paz, *La otra voz*, 1989).

En este camino transitó el pensamiento de Rodríguez-Zúñiga: un socialista liberal en el más alto sentido de la palabra.

Al revisar para esta nota los libros de Luis vuelvo a encontrar su dedicatoria en 1976 de *Elites y democracia* a Antonio Esteban Drake. Nuestro primer amigo muerto, justo al alba de la transición, de aquel grupo de

amigos y profesores no numerarios que una vez fuimos contestación democrática radical del viejo franquismo. En homenaje a Luis Rodríguez-Zúñiga, quiero acabar aquí repitiendo los mismos términos en que él dedicó su libro a Antonio Esteban: con la inclusión de un fragmento de la *Pell de Brau* de Salvador Spriu para componer el epitafio debido al amigo muerto.

*De vegades és necessari i forçós
que un home mori per un poble,
però mai no ha de morir tot un poble
per un home sol:
recorda sempre això, Sepharad.
Fes que siguin segurs els ponts del diàleg
i mira de comprendre i estimar
les raons i les parles diverses dels teus fills.
Que la pluja caigui a poc a poc en els sembrats
i l'aire passi com una estesa mà
suau i molt benigna damunt els amples camps.
Que Sepharad visqui eternament
en l'ordre i en la pau, en el treball,
en la difícil i merescuda
llibertat.*

A la memoria de Luis Rodríguez-Zúñiga. Luchó siempre por una universidad libre en una sociedad democrática.

ESTUDIOS